

El matrimonio reconoció en nuestro acento a compatriotas. En cuanto a las chicas —si bien iban de paisano y no de «tipismo», como ellas decían— era fácil identificarlas. La Prensa de cada día daba un montón de fotos de ellas, y algunas caras llegaron a hacerse populares. Los dos viejos nos saludaron. Ella, con una graciosa inclinación de cabeza. El, con un portentoso sombrero. El marido, al pasar frente a las muchachas, dijo:

—Por fin, esta tarde las veremos.

Comprendimos, sonriendo, su aliviado saludo, por la dificultad de encontrar entradas —conflicto cada día más virulento— y la natural impaciencia que habría de sentir el viejo matrimonio español.

Bien. Por la tarde los volví a ver en el teatro. Estaban los dos solos, como dos novios, cogiditos de la mano. Embebidos, como dos pajaritos cansados. A cada punto el hombre quitábase las gafas, y con varonil discreción se pasaba el pañuelo por los ojos. Ella miraba al escenario con unos gemelos antiguos. No tenía el menor recato en el uso del pañuelo. Con aquellos gemelos, que le acercaban «La corona de Aragón» o el bolero mallorquín, ella había contemplado paisajes nupciales del Monasterio de Piedra, alejarse las costas de España desde la borda de un barco de la Traslántica. A veces se cruzaban sus miradas, rápidas, casi de reojo. El dejaba de marcar el ritmo del baile con la mano izquierda. Sonreían los dos, y así siempre, hasta que se incorporaban a la ovación general con un frenesí recuperado, con la entusiasta potencia de veinte abriles fresquitos.

En el descanso conté a la pandilla lo de los dos viejos. Guiparon por el chivato del telón; se acordaban del sombrero. Las chicas bailaban como si bailasen solamente para mi pareja de novios viejecitos, para aquel par de viejos que lloraban porque lo estaban pasando muy bien. Cuando estalló el correcales, nuestra jovial y furibunda sonata de feria, nuestras olas de asalto y de color, los dos viejos se pusieron en pie, y yo juraría que él pudo haber sido aureskolari y ella una graciosa muchacha levantina capaz de jota y de seguidilla. Los vivos a España —no se aplaudía, se gritaba— taparon por completo el soberano clamor de chistus, gaitas, dulzainas, tamboriles, panderos, bígaro, tenora, tople, faviol, trompeta y fiscornio bajo, estos cinco de la cola pertenecientes a la cobla catalana.

Pues los dos viejos alborotaban lo suyo, y ella quiso ver bien a las chicas que atacaban por los pasillos y quiso subirse al asiento del sillón, pero sus piernas ya no funcionaban con presteza, las articulaciones estaban duras, rígidas, no eran como las de aquella antigua levantina capaz de jota o seguidilla, y entonces el viejo tocó generala, llamó a todas las quintas de su sangre, movilizó su antiguo corazón de aureskolari y puso las manos en la cintura de su mujer y, aúpa, la alzó hasta el asiento, y ella, antes de ponerse a mirar a las chicas que atacaban por los pasillos, miró a su marido como en los días del Monasterio de Piedra, y el viejo resoplaba satisfecho y gritaba: «¡Viva España!».